

CRAVERI, Piero y QUAGLIARIELLO, Gaetano: *Atlantismo ed europeísmo*, Soveria Mannelli, Rubbettino, 2003, pp.625

No sé si hay un tema más actual en nuestros días que el de la interacción entre dos perspectivas de alianza internacional: Europeísmo y Atlantismo, que han afectado a la historia de los países europeos tras la Segunda Guerra Mundial. La caída del comunismo ha cambiado las dinámicas de las relaciones de fuerzas entre los estados, pero no ha tenido la fuerza de socavar estas dos perspectivas que han seguido siendo centrales en el marco de las relaciones internacionales.

Este volumen dirigido por Gaetano Quagliariello y Piero Craveri ofrece una serie de ensayos que abarcan tres distintas direcciones. Unos tratan de reconstruir la relación entre la perspectiva europea y la atlántica y la manera en que su enlace influyó en la elaboración de la política exterior de algunos países europeos: Inglaterra, Francia Alemania e Italia. Otros ensayos describen el marco internacional visto por parte de norteamericanos y soviéticos. Y finalmente, otro grupo de trabajos se concentran más sobre el caso italiano y ponen en evidencia las distintas posturas de los partidos, las tendencias políticas y el pensamiento de las figuras más representativas del panorama político y empresarial nacional frente a estas dos perspectivas.

Después de la Segunda Guerra Mundial el marco de las relaciones internacionales y el equilibrio mundial abandonaron la política de potencia, que había reinado durante el periodo de entreguerras, y afrontaron nuevas reglas más conectadas con la afirmación de los Estados Unidos y la Unión Soviética como potencias hegemónicas. En este contexto la elección de la prioridad asignada por parte de los estados europeos en su política de alianzas con EEUU o con URSS ha tenido, según nuestros autores, dos fases distintas marcadas por el antes y el después de la crisis de Suez. Ésta ha dado el paso de una dimensión regional de la política europea, determinada por la perspectiva atlántica, a una fase «funcionalista» más concentrada en la organización de las instituciones europeas y en particular en el desarrollo de la esfera económica de la Comunidad.

Los distintos ensayos contenidos en la obra demuestran muy bien cómo durante la primera fase, antes de la crisis de Suez y en los años del periodo «caliente» de la guerra fría, el atlantismo era algo que se daba por supuesto y el europeísmo era una perspectiva a largo plazo, complementaria del primero. Después de Suez y del fracaso de la CED, y de la consecuente evolución de la política exterior norteamericana, los países del Viejo Continente empezaron a considerar seriamente la hipótesis de construir unas instituciones europeas como alternativa necesaria —ya no complementaria— al atlantismo.

Si observamos el proceso desde los EE UU notamos cómo allí, a finales de los cincuenta, Europa perdía importancia, por tanto la política norteamericana empezó, en aquel entonces, a girar de manera más estable sobre dos

ejes: tratar de controlar lo más posible el desarrollo armamentista y favorecer la evolución de su política exterior desde la «represalia masiva a la respuesta flexible». Frente a esta postura, Europa no consiguió tener una política unitaria y adoptó distintas estrategias. Gran Bretaña estrechó su «*special relationship*» con Estados Unidos, mientras Francia empezó su ensimismamiento con la construcción de su propia «*force de frappe*». A partir de los años sesenta la construcción de una Europa unida siguió dos ejes: la subordinación de las nuevas instituciones comunitarias a las estrategias de los estados y un cuidado mayor a la dimensión continental.

Desde la mirada soviética, el análisis de las dos perspectivas mantuvo una gran continuidad desde periodo staliniano hasta el krouchtoviano, desarrollándose una política hostil, debida por una parte a los presupuestos de la ideología marxista-leninista, y por otra a los planes estratégicos soviéticos sobre Alemania, que convencieron a los líderes del Kremlin que la perspectiva atlántica y la europea eran, en fin de cuentas, dos caras de la misma moneda. Sólo con Brejnev la percepción de estas dos opciones cambió y las posturas ideológicas dejaron paso a un análisis más realista de los hechos.

La complejidad de las interacciones entre las dos perspectivas es evidenciada sobre todo en los ensayos que demuestran la existencia de una convergencia europea diacrónica. Francia y Gran Bretaña al principio privilegiaron lo que Churchill llamaba el primer círculo de la política exterior británica: el Imperio (los demás círculos estaban formados por la *special relationship* con los EEUU y después por la relación con Europa). Hasta la crisis de Suez los dos países no perdieron sus ilusiones y no aceptaron su nuevo estado de potencias medianas. Gran Bretaña privilegió entonces un estrechamiento de sus lazos atlánticos, mientras Francia resolvió las contradicciones de su política exterior favoreciendo una política europea autónoma. Alemania e Italia en un determinado sentido se encontraron en la misma situación. Los dos países tuvieron que enfrentarse con un problema de legitimación y en esta perspectiva interpretaron el sistema de alianza occidental como un elemento necesario de este proceso. Sin embargo, estos dos países siguieron prestando mucha atención a las oportunidades ofrecidas por la integración europea.

Los demás textos abordan el caso italiano, no tanto a nivel de política global sino más a nivel de la acción de sus principales protagonistas. Particular atención se ha prestado a la figura política de personalidades de primer plano como De Gasperi, La Malfa, Spinelli y Sargat. Por otra parte se ha recorrido la política europeísta y atlantista del Partido Socialista Italiano (PSI) y del Partido Comunista Italiano (PCI) además del papel desarrollado por el sector empresarial.

A través de las posturas de los partidos sobresale cómo durante el periodo del «centrismo» (1947-1953), lo que permitió a la Democracia Cristiana (entonces partido de gobierno) mantener una línea política unitaria fue la

conciencia de que la única manera de llevar adelante el proceso de democratización del país era contar con un apoyo externo. Esto nos ayuda a entender por qué la perspectiva atlántica fue siempre privilegiada tanto dentro de la DC, que era el partido mayoritario, como en las posturas de sus aliados, cuyos representantes más destacados eran La Malfa, líder del partido republicano y Saragat de los socialdemócratas. Por lo que se refiere a Nenni, es interesante notar como el PSI fue el único partido socialista en Europa Occidental que no tomó parte en ese momento— sino sólo después —en el proceso de construcción europea. Por lo que se refiere al PCI, fue el último de los partidos que se planteó el problema del enlace entre las dos perspectivas y mantuvo una política exterior muy vinculada a la de Moscú.

Alejándonos del caso italiano y mirando hacia Europa, sobresalen otras prioridades y distintas maneras de concebir las relaciones internacionales. Entre las dos perspectivas, atlántica y europea, siempre ha habido tensiones que siguen todavía vigentes y oscilan entre una complementariedad competitiva y una postura antagónica. Durante la época de la guerra fría hasta la caída del comunismo, la Alianza Atlántica ha mantenido un carácter de necesidad ineludible. A partir de los años noventa este carácter ha desaparecido, pero a pesar de esta novedad las relaciones y sus fundamentos no se han simplificado. Por una parte los Estados Unidos necesitan menos a Europa, por la otra están menos preparados para soportar las críticas provenientes del Viejo Continente.

Según los editores de la obra hay dos opciones: o bien estas contradicciones llevarán hacia una nueva Europa o hacia una Europa sin perspectiva. Los acontecimientos de estos días no nos permiten mirar las cosas de manera optimista. De todas formas, este libro aunque no aborde temas de actualidad sino históricos, resulta muy interesante por el análisis de las dos perspectivas y de sus intersecciones, y por las explicaciones de cómo éstas influyeron en la elaboración de la política exterior de distintos países. Por lo tanto, nos ayuda, echando una mirada hacia atrás, a comprender algunas posturas de los actuales líderes europeos y nos permite captar las rupturas y las continuidades de los « invisibles » hilos de la política exterior cuya raices se remontan por lo menos a la época de la segunda ola de transiciones.

CHRISTINE VODOVAR